



2 de marzo de 1879

LA DEVOCIÓN A SAN JOSÉ
DEBE LLEARNOS A LA VIDA INTERIOR
Y A LA UNIÓN CON NUESTRO SEÑOR

María Eugenia de Jesús

Mis queridas hijas,

Ayer comenzamos el mes de San José. Por el tiempo que damos al Oficio, que debe ocupar siempre el primer puesto para nosotras y para el que debemos reservar todas nuestras fuerzas, no podemos hacer los meses de devoción que surgen en el año.

Sin embargo, en este momento en que la Iglesia honra a San José, conviene que unamos esta devoción a la de la Pasión, que debe ante todo mantenernos ocupadas durante la Cuaresma. Por lo tanto, es de esperar que, en nuestras meditaciones, sea siempre la primera la Pasión; pero en la segunda meditación, en nuestras visitas al Santísimo Sacramento, o en otros momentos meditemos en las virtudes de San José, desde el punto de vista de la vida interior.

Sé que todas vosotras deseáis ser personas interiores. Se puede decir de la vida interior lo que decía san Francisco de Sales de la perfección, cada una la viste a su manera. Todas se hacen una imagen especial de ella y se dice a sí mismas: "Esto es lo que me llevará allí y no otra cosa." No, lo que conduce definitivamente a ella es la oración y el sacrificio. Buscad, dad vueltas, juntad todos los pensamientos que podáis tener sobre la perfección de la vida interior, siempre veréis que la oración y el sacrificio sean sus dos grandes bases.

La oración: es fácil para una religiosa de la Asunción, ya sea porque pasamos mucho tiempo en la capilla, ya sea porque, además, en las diversas ocupaciones, podemos permanecer fácilmente en el espíritu de oración. Hay suficiente silencio en la casa, suficiente regularidad, las dificultades se apartan suficientemente, para que podamos aislarnos y vivir en el recogimiento y en la oración. Es el espíritu de oración el que da el espíritu de fe, de esperanza, de amor, y lleva a la unión con nuestro Señor Jesucristo que constituye la vida interior.

Si tomamos la vida de San José, vemos cuánto estuvo separado de las criaturas; cómo, en comportamientos muy incomprensibles, que lo eran para él, que lo serían para nosotras si no hubiéramos meditado en ellos desde la infancia: obligado a

huir a un país que no era el suyo, en medio de un pueblo que no hablaba su lengua, por todas partes llevaba el espíritu de vida interior.

Me diréis que llevaba consigo a nuestro Señor Jesucristo y la Santa Virgen. - Es cierto. ¿No los tenemos también nosotras? Tenemos la comunión frecuente, a nuestro Señor Jesucristo en el sagrario. A él a rezamos, nos dirigimos a él, a él pedimos todas las cosas. – La Santísima Virgen es nuestra madre, tampoco nos abandonará. Está muy atenta a nuestras oraciones.

Las viejas leyendas de la Edad Media cuentan cuánto valora el amor de los hijos, cuando se le honra mucho, cuando se recurre mucho a ella. La Santísima Virgen lo estima tanto que reprochó a un colegial que había descuidado los homenajes que le daba cada día. Siendo reina, siendo todopoderosa, toda misericordiosa, siendo solícita por la Iglesia universal, tiene una particular solicitud por las vírgenes que la siguen, por los religiosos y las religiosas que llevan su nombre. No hay duda de que está cerca de nosotras si lo queremos.

Por lo tanto, no son Jesús y María lo que nos falta; lo que nos falta es la fe, la esperanza, la caridad, la unión con nuestro Señor – unión que no es siempre la misma según los grados, sino que se debe comenzar en cada una de vosotras, y en la que avanzamos, sometiéndose con frecuencia a la acción de nuestro Señor y de la Santa Virgen, teniéndolos con frecuencia ante los ojos para imitar sus virtudes, sobre todo callándonos.

Estar en silencio es el gran medio. ¿Podemos entregarnos a la oración, si no nos llamamos por fuera, si no nos esforzamos en callar por dentro, es decir, si no nos acostumbramos a silenciar todos los pensamientos propios, todas las voluntades propias, todo lo que hace ruido en el alma, para conversar con nuestro Señor Jesucristo y la Santísima Virgen? Hay grados en todo esto. Que una novicia que sale del mundo no haya silenciado todavía este mundo interior que trajo, no es extraño. Pero que una profesa, que lo dejó hace mucho tiempo, tenga todavía un pequeño mundo interior que habla, es mucho peor.

Hay que prestarle mucha atención. Si cada año imponemos un poco más de silencio a la lengua cuando quiere hablar innecesariamente, y a la mente, cuando sugiere pensamientos que no son del reino de Dios, terminamos por establecer este silencio interior, en el que el alma se une con nuestro Señor Jesucristo.

Esto pertenece al espíritu de oración, pero también al espíritu de sacrificio: *Solo avanzarás en la medida en que te hagas violencia.* Es la palabra de San Francisco Javier, de la *Imitación*, de todos los santos. Hace falta que el espíritu de sacrificio sea el apoyo del espíritu de oración, y que el espíritu de oración os lleve al espíritu de sacrificio para que se establezca la vida interior.

La vida interior no quiere ninguna de nuestras faltas, ninguno de nuestros vicios. La palabra parece fuerte; pero ¿cómo llamarlo? Las costumbres imperfectas, las malas disposiciones, cuando se convierten en hábito, son una especie de vicio, vicio de soberbia, vicio de cobardía, de impaciencia, de susceptibilidad. La vida interior no quiere en absoluto nada de esto. Quiere que todo sea sacrificado, nuestros *consuelos* o mejor dicho nuestros *placeres*.

Placeres, ¿tenemos alguno? Si. Hay cosas que nos agradan, otras que no. Hay cosas que nos divierten otras que no. Hay cosas en las que nos gustaría extendernos, otras en donde no lo haríamos. Hablo de esos placeres, y no de los del mundo. Si yo dijera *consuelos*, podría estar engañándoos. Aplicamos la palabra de consuelo a lo que viene de lo alto, y que no se tiene que sacrificar.

Todo lo que ensancha el alma, todo lo que la acerca a Dios, todo lo que, en la oración o en la vida religiosa, os hace sentir algo más generosas, más fervientes, no se

debe sacrificar, y decir como algunos temerarios: "Sacrifico esto, no necesito consolación." Dios que la envía sabe que la necesitáis y debe ser recibida con gratitud.

Tenéis que sacrificar vuestras *satisfacciones*, esa es la palabra, y ahí es donde el sacrificio viene para dar lugar a la consolación. Todas las satisfacciones de la naturaleza impiden los consuelos de la gracia. Impiden la unión con nuestro Señor. Cuando las sacrificamos, cuando nos separamos de ellas, las dejamos, no las amamos, no las queremos, no es esto lo que deseamos, entramos en esa vida en la que nuestro Señor llena el alma, la ilumina, se convierte en su todo.

Un alma, en efecto, desprendida del exterior, liberada de sí misma, completamente atenta a nuestro Señor, ya sea que lo reciba en la comunión, ya sea que lo vea en el sagrario, o lo siga en sus misterios o en esa presencia de Dios que nos acompaña a todas partes, esta alma es interior.

No se trata de cerrar los ojos y caminar cuidadosamente: ciertamente no. Hay gente que hace esto, y que en absoluto son personas interiores. Hay otras que parecen muy sencillas, muy abiertas, muy benévolas y que, en todas partes, ven a nuestro Señor, lo siguen, lo obedecen, lo rodean de sacrificios, de actos de amor, de esperanza y de fe: son almas interiores.

Me inclino mucho a creer que San José fue una de estas personas, amable, bueno, fácil de tratar. No te habría negado una palabra de consuelo, al que no le gustaba hablar, si al encontrarlo en el camino, se lo hubieras pedido, o si en Nazaret hubieras buscado en él una buena palabra, una sonrisa.

Cuando os hablo de la devoción a San José, no olvidéis, hermanas mías, que es esta devoción la que hace a las almas interiores, esta devoción que le sigue en el amor de Jesús y de María, que se esfuerza en imitar sus virtudes. Dejo a un lado esta devoción que sólo busca obtener de este buen santo todo lo que uno quisiera tener.

Lo que aleja a algunas personas de la devoción a San José, es que se le hace patrono de las muchachas que se quieren casar y de las familias que se quieren enriquecer. Esta devoción no tiene relación con la que debemos tener para San José. Tenemos mejores cosas que pedir. No pidamos demasiadas cosas temporales; pero pidámosle las cosas espirituales que nos ayudan a entrar en la vida interior.

Que sea también eso, hermanas mías, lo que pediremos al meditar en la Pasión, esa gran fuente de vida interior, al meditar en la cruz de nuestro Señor, la cruz, fuente del espíritu de sacrificio, fuerza del silencio. En el camino de la cruz, Nuestro Señor mostró sobre todo la fuerza de su silencio y la fuerza de su abnegación.

Tratemos en todas nuestras meditaciones de ponernos bajo la acción de nuestro Señor y permanecer allí el resto del día. Yo querría que, cada cuarto de hora, cada una de vosotras se ponga bajo la acción de nuestro Señor y le diga: "Dios mío, ¿qué quieres de mí? ¿En qué puedo imitarte? "*Qué es lo que quieres ahora, ¿Oh Cristo?*¹ como repetía constantemente san Vicente de Paúl. ¿Qué haría Jesucristo en mi lugar? ¿Cuál es la gracia que me da en este momento, y a la que debo responder?

Llegaréis así, de un modo u otro, a someteros a su acción para depender de él, imitarlo, unirse a él, para llevar una vida verdaderamente interior.

¹ *Quid nunc Christus ?*